N.º 8. Domingo 24 de Noviembre de 1844. 10 cuart.

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. _ En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. _ En las principales librerías, ó remitiendo, franca de porte, una libranza sobre correos, á favor de la Redaccion del FENIX.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. . . . . 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

ADVERTENCIA.

Las obras que se rifan este mes á beneficio de los señores suscritores son las dos lindísimas novelas de Paul de Cock tituladas: **BIGOTE** y el **BUEN MUCHACHO.** Un egemplar de cada una para los números que resulten agraciados en ambas series.

RECUERDOS DE VALENCIA.

Sagunto.

SAGUNTO, hoy Murviedro, cuyos fragmentos reproducen la memoria de esa ciudad opulenta, grande, rica, ilustrada y fuerte de la antigüedad, es, á pesar del trascurso de los siglos, un monumento que, aunque derruido, saluda el sol en su nacimiento con alegría, y le despide con reverencia en su ocaso iluminándole con encendidos y rogizos rayos apenas perceptibles, cuando en ocasiones parece llorar su ausencia y enlutarse con el denso manto de negras y emborronadas nubes; es el primer recuerdo que, al surcar el Mediterráneo, despierta en el navegante, buscando con la penetracion de un Argos las carcomidas almenas que, orgullosas de sus triunfos, recuerdan lo pasado, no admiran lo presente y desafian el porvenir; las plantas, los animales, el hombre, la naturaleza toda, prestan un homenage continuado y sucesivo como el tiempo, grande como el objeto á que lo dedican: no exentos nosotros de esta deuda, embriagados con el placer de tantas ilusiones, apenas acertamos á fijar desnuda de comentarios la idea que nos proponemos recordar á nuestros lectores; pero sacrificando nuestro entusiasmo á nuestro deber, damos tránsito á la templada relacion de la heróica defensa de Sagunto y su indescriptible desenlace. La fertilidad de nuestra península, tan escesivamente fecunda en producciones de todo género, el esquisito mérito de todas ellas, la salubridad de sus aguas, la hermosura y templanza de su clima, la claridad apacible de su cielo, la pureza y suavidad de sus aires, con otras mil cualidades no ignoradas aun en los tiempos mas remotos por los pueblos situados á la mayor distancia nuestra, han traido sobre nosotros la atencion, los deseos y hasta las pretensiones, muchas veces realizadas, de saciar en este suelo privilegiado la avidez de fortuna y riquezas, orígen fecundo de los estravíos y vicisitudes del género humano en su larga y no terminada carrera. Aquellos poderosos estímulos trajeron á nuestra España las sangrientas luchas con que se disputaron su posesion los antiguos, con especialidad Roma y Cartago.

Prescindiendo de las minuciosidades y controversias históricas referentes á aquel período en que la exactitud de los datos no es cumplida, y por consiguiente se fluctúa en el dilatado espacio de las conjeturas, correremos los primitivos sucesos que conducen á nuestro propósito, acogiendo lo mas probable, sin presuncion esclusiva de acierto, hasta llegar á la época de claridad y fijeza de nuestra historia.

Crecido el poderío marítimo y terrestre de los cartagineses, y noticiosos de la riqueza de España, por los años 160 despues de la fundacion de Cartago por *Dido*, ó bien sean 728 antes de la venida de Cristo, resolvieron hacer una espedicion sobre nuestras costas, organizaron la correspondiente escuadra, y emprendieron su rumbo por los mares de Sicilia, Cerdeña, Córcega é Islas adyacentes, cuyos territorios respetaron; continuaron despues en direccion á las de Mallorca y Menorca, y rechazados en ellas, se dirigieron á la de Ibiza, casi despoblada entonces, la que ocuparon, y aun procuraron colonizar con el objeto de tener un punto de apoyo en el Mediterráneo que le sirviese de arsenal y asilo en sus operaciones ulteriores.

Fortificada Ibiza, continuaron su movimiento hasta Denia, y siguiendo las costas de Valencia (cuya ciudad se fundó mucho despues) llegaron á la de Sagunto, fuerte y dispuesta ya en aquella época; su importancia escitó en los cartaginenses un vehemente deseo de obtenerla, pero reconociendo la imposibilidad de realizarlo por la fuerza, emplearon la sagacidad y otros medios pacíficos qne supieron comprender los saguntinos, frustrando los conatos de los que les halagaban primero para oprimirles despues. La imponente actitud de la ciudad y el desvío con qne trataron á los espedicionarios, unido á otras vicisitudes civiles y naturales que sobrevinieron por el mismo tiempo á Cartago, obligó el regreso de la escuadra dándose por satisfecho con las noticias adquiridas y la ocupacion de Ibiza.

La segunda espedicion á España por los cartaginenses se supone 450 años antes de la venida de Cristo, en que, repuestos de sus guerras contra Sicilia, resolvieron traer sus fuerzas á nuestro territorio y ocuparle en su totalidad; pero débiles sus recursos para semejante empresa, los resultados fueron nulos, y desistieron.

236 años antes de la era cristiana, reparados los cartaginenses de sus pérdidas en la primera guerra púnica, y confiados acaso en que Roma su rival no podia estorbarles por su larga distancia, dirigieron su tercera espedicion á España, mandada por el general Amílcar, padre del grande Aníbal, el cual desembarcó en Cádiz, amiga y aliada de Cartago; sus ventajas fueron grandes y rápidas aunque costosas, especialmente en todas las provincias marítimas ó litorales de Andalucía, á la vez que su escuadra llegó al Ebro, y subiendo el rio ocupó el pais por aquella parte y estableció varias colonias, entre ellas Cartago la vieja, que algunos creen sea la hoy llamada Cantavieja; siendo indudable que desde la venida de Amílcar data el primer período de alguna seguridad y garantía en nuestra historia.

Muerto Amílcar en la batalla de Castro-alto, en la que los españoles derrotaron á los cartaginenses (1), le sucedió en el mando su yerno Asdrúbal que mandaba la caballería, asociando en él á Aníbal, que, á pesar de su corta edad, dejaba conocer su valor y su talento; ambos, estimulados por el deseo de vengar á Amílcar, llevaron el terror y la desolacion á todas partes, consiguiendo reducir á su dominio lo mas importante de las poblaciones situadas del Ebro acá, sucesos que obligaron á tratar la paz, que bajo las estipulaciones convenidas, empezó el año 226, antes de la era citada.

Roma no podia ser indiferente á los progresos de Cartago en España, pero los tratados celebrados para terminar la primera guerra púnica eran un obstáculo que no podian superar sin faltar á la fe prometida; por lo que procuró ganar la amistad de los españoles oprimidos ó amenazados, y para conseguirlo se valió de la mediacion de Marsella su confederada; y ésta, aprovechando sus relaciones comerciales, hizo aliados de Roma, el Ampurdan, Denia y Sagunto. Asdrúbal, aunque sabedor de las negociaciones de Roma, no dió importancia y continuó en su sistema de paz; pero Roma, no satisfecha con los adelantos obtenidos por la mediacion de Marsella, mandó legados á Cartago y á Asdrúbal manifestando que puestos bajo su proteccion los pueblos del Ebro al Pirineo, se limitasen los cartaginenses á lo conquistado, absteniéndose de molestar á Sagunto y demás colonias griegas á quienes conservaba una particular predileccion; á lo que accedieron, por entonces, Cartago y su general Asdrúbal; éste murió el año 220, antes de Cristo, por mano de un criado de *Tago*, régulo español, á quien Asdrúbal habia hecho crucificar, y le sucedió en el mando Aníbal.

Aníbal, estimulado por los resentimientos con Roma, robustecido con las riquezas que España le producia en la esplotacion de sus minas, impuestos y tributos, alentó de nuevo el proyecto que concibiera su padre Amílcar de ocupar la Italia y hacer la guerra á Roma, provocándola en su caso por el rompimiento con la ciudad de Sagunto, protegida de aquella. En los primeros meses del año 219, antes de Cristo, salió de Cartagena con su egército, y conduciéndolo á las riberas del Duero (2), destruyó cuanto se le resistió, rindiendo y ocupando las ciudades de Salamanca y Albocola, cuyos vecinos, fugitivos, unidos despues con los de otros puntos, en número considerable, fueron batidos junto al Tajo, facilitándole esta derrota la completa ocupacion hasta el Ebro sin mas escepcion que Sagunto.

En esta situacion ya no era dudoso que Sagunto seria atacada, y para tomar pretesto, que en tales lances nunca faltan al agresor si es poderoso, se fingió mediador en las diferencias de Sagunto con los pueblos limítrofes, las que no terminó porque no conducian á su propósito, y suponiendo que Sagunto obligaba á sus confinantes con pretensiones á favor de Roma, dirigió quejas á Cartago y consiguió que el senado dejase en su mano la suerte de Sagunto; autorizado de esta forma llamó á los principales saguntinos con el mismo pretesto de transigirles con los turboletanos, y como aquellos le contestasen que en el asunto seguirian el consejo de Roma, les despidió de sus reales, y la guerra de Sagunto quedó declarada.

Los saguntinos, penetrados del riesgo que les amenazaba, mandaron una comision á Roma para enterar al senado de su situacion y obtener un pronto socorro con que resistir á un enemigo tan poderoso; los enviados fueron bien recibidos, pero el senado se dividió en dos opiniones; una estaba por la guerra, desde luego, contra Cartago, y su general Aníbal; la otra por mandar embajadores que se enterasen de los sucesos y solicitaran de Cartago el respeto á Sagunto: mientras esto sucedia se supo en Roma que Sagunto era ya combatida, esta noticia aceleró la embajada con encargo de pedir á Cartago el castigo de Aníbal sino alzaba el sitio de Sagunto.

(1) Esta batalla es la referida en el número quinto de este periódico, bajo el epígrafe de *Hechos Españoles*.

(2) En tierra de campo.

Mientras tenian lugar aquellas negociaciones, Aníbal, con ciento cincuenta mil infantes y veinte mil caballos, habia ocupado el campo saguntino, devastando sus fértiles campiñas, saqueando sus pueblos y llevando la desolacion y el espanto hasta los muros de Sagunto á quien sitió: hay alguna variedad sobre la época en que esto sucedia, pero mas generalmente se cree fue por la primavera, puesto que siendo indudable que el sitio duró ocho meses, y que Aníbal, segun Polibio, tomó cuarteles de invierno; rendida Sagunto es mas natural y conciliable aquella estacion que cualquiera otra.

Sitiada la ciudad fue combatida sin descanso por los puntos de Mediodia, Norte y Oriente: la batería de arietes y ballestas situada al Norte empezó sus disparos creyendo ser aquella la parte mas floja que tenia la ciudad (que es la que mira al valle y rio) pero, si bien erraron el cálculo que del mérito de la muralla hicieron, lo fue mayor en el del valor de los saguntinos, cuya esforzada juventud peleó con un arrojo admirable, y que probó bien caro el mismo Aníbal, en una ocasion en que, queriendo dar egemplo, á la cabeza de sus soldados, dirigió un ataque del que fue rechazado y herido en un muslo por una flecha disparada desde los adarves: este acontecimiento inflamó la cólera del vencido, pero disminuyeron sus acometidas hasta que curó de su herida.

Los saguntinos tomaron la ofensiva haciendo frecuentes salidas de la poblacion, causando en ellas el destrozo y la muerte de sus enemigos á pesar de ser tan superiores en número: pero repuesto Aníbal, y enfurecido con la resistencia, redobló sus esfuerzos y al golpe de los arietes, ballestas y catapultas, hundió la gran torre que miraba al valle, con algunas otras cercanas y una porcion del muro antiguo, dejando brecha abierta por aquella parte; todas las fuerzas del sitiador intentaron un asalto, pero en vano, porque los saguntinos, peleando con un denuedo que tocaba en desesperacion, sobre las mismas ruinas de la brecha, deshicieron y llevaron en derrota hasta sus reales á los cartaginenses causándoles una pérdida que llegó á arredrar al mismo Aníbal.

En estos momentos llegaron los enviados de Roma, que no fueron recibidos por Aníbal, pretestando la inseguridad de su campamento á consecuencia de la derrota sufrida; pero conociendo aquellos que la respuesta de Aníbal solo era una escusa, partieron para Cartago, se quejaron al senado de la conducta de su general, y pidieron se entregase á Roma para castigarle, contestando el senado que los saguntinos habian sido los provocadores de aquella guerra y no Aníbal, y que estrañaba por lo tanto que Roma antepusiese la amistad de Sagunto á la de Cartago.

Durante esta tregua Aníbal reponia sus pérdidas y los saguntinos reparaban sus derruidas murallas; pero la calma duró poco. Aníbal habia hecho construir una torre, movible sobre ruedas, mas alta que los muros de la ciudad, y desde aquella reconoció la parte que ofrecia menos resistencia: destacó sobre ella quinientos gastadores, despues de combatir y desalojar de aquel punto los que las defendian, y consiguió romper nueva brecha, sobre la que cargaron los cartaginenses estimulados con el saco de la ciudad que Aníbal les habia ofrecido. Con tales vantajas penetraron en ella, fortificaron una eminencia de las mas elevadas, y colocadas en su recinto las máquinas de guerra, combatieron de nuevo los demás puntos de la poblacion que ocupaban los saguntimos, obstruyendo las salidas é imposibilitándales todo recurso esterior. Sin embargo, ni el número escesivo de los sitiadores, ni la furia con que combatian, ni la persuasion de una ruina casi inevitable, fueron bastantes á debilitar el sufrimiento de los sitiados: faltos de todo, reducido cada dia mas el espacio que ocupaban, se defendian obstinadamente; los cuerpos de los que morian peleando satisfacian el hambre de los que aun conservaban su existencia, la sed apenas la mitigaban lamiendo por las mañanas el rocío de las yerbas.

Los pueblos oretanos y carpetanos se insurreccionaron contra los cartaginenses, que en diferentes destacamentos querian sacar reclutas por la fuerza para el reemplazo de sus tropas; Aníbal dejó el sitio, y con una gruesa columna, fue al socorro de los suyos, quedando sobre Sagunto Maharbal, hijo de *Himilcon*, haciendo las veces de lugar-teniente, los saguntinos concibieron una ligera esperanza en la ausencia de Aníbal, prometiéndose que, si se prolongaba y entraba el invierno, podrian dar tregua á sus fatigas, reponer sus medios de defensa y recibir ausilios de Roma; vana esperanza, porque Maharbal, deseoso de señalarse en el sitio y dar pruebas de su capacidad como general, redobló los ataques, reprimió las salidas de la plaza, y destruyendo una parte del muro interior recientemente reedificado, tomó otra gran parte de la ciudad quedando estrechados á menor espacio del que tenian poco antes.

Reducidos los manchegos volvió Aníbal sobre Sagunto reforzadas ya sus legiones con los reclutas hechos en los pueblos vencidos, y aprovechando la destruccion de otro lienzo de muralla que acababan de romper, agolpó un crecidísimo número de cartaginenses, que en el asalto se apoderaron de una gran parte del castillo. Este acontecimiento fue sensible á los saguntinos, para quien no era dudosa su completa ruina; sin que el semblante, la espresion ó solicitud alguna de rendimiento diesen á conocer que su valor y resolucion habia cedido. Alcon, noble saguntino, impelido por el deseo de salvar á su patria pasó al campo enemigo, en la oscuridad de la noche, sin consultar con nadie, y empleó cuantos medios decorosos le fueron dables á fin de que Aníbal otorgase á los saguntinos algunas condiciones admisibles para poderse poner en sus manos, puesto que no habian hecho otra cosa que defender su patria como ciudadanos; pero nada fue bastante á obtener otras condiciones que las siguientes: Primera. Los saguntinos restituyan á los turboletas lo que hayan ocupado durante sus desavenencias. Segunda. Entreguen al punto cuanto oro, plata y joyas haya en la ciudad, sin escepcion alguna. Tercera. Saldrán de la ciudad con solo su vestido ordinario, y todos unidos irán adonde se les mande. Tan duras y depresivas condiciones no podian ser escuchadas por los héroes de Sagunto, sabíalo Alcon y no quiso ser el portador de aquel mensage.

Alarco, soldado español al servicio de Aníbal, movido de su aprecio á Sagunto, en cuya ciudad habia vivido, tomó á su cargo llevar á los saguntinos aquellas notas que, aunque violentas, eran en su concepto el único medio de salvar las vidas de ciudadanos tan esforzados en defensa de su libertad y su patria. Hecha la señal de paz, penetró en la parte que ocupaban los sitiados y manifestó tenia que decir al senado cosas de suma importancia: un gentío inmenso le acompañó hasta el local de las sesiones, y quedando solo con los senadores, algunos principales de la ciudad y milicia, hízoles presente la gestion de Alcon, la negativa de éste á volver á la ciudad y las proposiciones otorgadas por Aníbal, exhortando al senado á que las admitiese por ser la única concesion que podian esperar del vencedor, seguro de su triunfo, en la estremada situacion en que estaban, siendo de esperar que admitidas se conducirian con templanza en el cumplimiento de ellas. Alarco invocó por garantía de la buena fe en sus consejos, su aprecio y reconocimiento á Sagunto por la buena hospitalidad con que habia sido tratado en otro tiempo.

Durante la manifestacion de Alarco al senado, se fueron acercando los ciudadanos deseosos de conocer el objeto del mensage, pero en el momento de saber las condiciones que les proponian, la indignacion tocó en locura, y sin dar respuesta alguna á Alarco mandaron los senadores que con presteza se reuniese en la plaza cuanto de rico y precioso tenia Sagunto, como si hubieran de entregarlo á Aníbal, y reunido que fue pusiéronle fuego; mas cuando el incendio llevaba sus devorantes llamas sobre las nubes, se arrojaron á ellas la mayor parte de los ciudadanos: otros, reunidos en sus casas con sus familias, las cerraron y pusieron fuego muriendo abrasados con ellas: muchos mataron á sus conciudadanos, y arrojándose despues á las puntas de sus espadas, se mataron: las mugeres y ancianos, al ver perecer los últimos defensores de Sagunto, mataron á sus mas tiernos hijos, arrojándose luego al fuego; algunos, en fin, queriendo vender caras sus vidas, murieron á manos del enemigo peleando con una intrepidez imponderable. En medio de tanta confusion, tanto lamento, tanto horror, se undió un torreon del castillo, los cartaginenses se precipitaron á millares, pero como no encontrasen resistencia lo avisaron á Aníbal, el cual dispuso un asalto general, con el que pronto fueron dueños del resto de la ciudad, pasando á cuchillo los pocos que encontraron, sin diferencia de sexos ni mas escepcion que los niños.

Una accion tan heróica, de que no habria egemplar en la historia, causó la admiracion de todo el mundo; la fidelidad en guardar la fe prometida á Roma costó la ruina de esa ciudad, cuyo recuerdo no morirá jamás; tibia espectadora Roma, la dejó perecer, fatalidad del destino que siempre corre en pos de nuestra patria cuando espera en el apoyo estraño ó en la sinceridad de sus aliados: Sagunto dejó al vencedor sus ruinas; en una palabra, á Aníbal le quedó la fortuna, Sagunto se llevó el honor y la gloria.

Así concluyó la célebre Sagunto á los ocho meses de sitio, y á los 900 años de su fundacion, segun Plinio, que la pone 200 antes de la destruccion de Troya.

F. de P. A.

EL MARINO.

BALADA ESCOCESA.

> No dejes una oveja para perseguir un águila que nunca podrás coger, porque cuando volverás á la oveja, sin atender á que te provee de leche y lana dirás con desden: « No sabe volar."
>
> *(Proverbio escocés.)*

El jóven cazador que imprudentemente penetra en las marismas de la Escocia, y que cuando anochece no puede distinguir el pérfido resplandor del fuego fátuo, de la luz que brilla en el hospitalario hogar, duda y titubea y siente vivamente no haber vuelto á su casa al momento que apareció la luna en el cielo; y sin embargo, así se lo habia aconsejado su madre.

A lo menos cuando los primeros rayos del sol harán desaparecer los vapores de las marismas, se envolverá en su plaid y se apresurará á volver á su casa donde lo aguarda inquieta la hermosa jóven de ojos azules á quien prometió el primer cabritillo que atravesara su flecha, y prometiendo ser mas prudente en adelante, abrazará tiernamente á su madre.

Pero el que despreciando el retiro y la paz pone una pluma de águila en su gorro encarnado, cabalga en fogoso corcel, y no tiene mas rebaños que los que guia con su lanza, robados al habitante de las llanuras, al desgraciado que llora al ver vacíos sus establos, vacíos sus rediles y quemada su casa, en cuyo hogar no puede sentarse su madre;

Pero el atrevido montañés, que al oir las engañosas relaciones de un viagero, va á buscar tesoros mas allá de los mares, estos ¡bien quisieran no tener que aguardar mas que una noche, como el jóven cazador, para volver á ver los lugares en que nacieron! ¡Cuántas veces arrimado el uno al palo mayor de un buque, el otro dejando frotar las riendas sobre el cuello de su caballo estarán tristes y pensativos al recordar á su madre!

¡Mas ay! no encontrarán la felicidad, ni aun en su patria; no gozarán en perseguir al veloz gamo, en traspasar con sus flechas al ligero ciervo. ¿Podrán acaso resignarse á pasar en las montañas una existencia monótona como el lago que no refleja nunca mas que un cielo anublado y las grandes rocas que impiden que sus aguas sean agitadas por los vientos? El aguilucho cuando sale de su nido no puede ya acostumbrarse á vivir en él, aunque tenga que buscar arriesgando su vida el alimento que antes le daba su madre.

Triste estaba Ana; pensaba en su hijo. Lindall amaba á Jenny, pero solo tenia algunas ovejas: »si me caso con Jenny, dijo un dia á su madre, ¿podré sufrir los dolores que la causará la miseria? ¡ah, no! ¡es preciso que me enriquezca!" Y una noche no volvió á casa de su madre.

Y seis años pasaron sin que la pobre Ana tuviese noticias suyas: ya habria muerto si Jenny no la mantuviese con el producto de su trabajo, no la hablase de su hijo, y no la abrazase, diciendo para consolarla: »Volverá, volverá, abrazará á su Jenny, abrazará á su madre."

Un dia llaman á la puerta de la humilde choza de la anciana; poco despues entra un viagero ricamente vestido, y pide la hospitalidad que nunca niega un escocés. »Seais bien venido, contesta Ana, aunque solo os podré dar leche y frutas, pues soy pobre y un hijo que tuve, hace ya tiempo que abandonó á su madre.

El viagero se acerca y toma la mano de la anciana; ésta le mira y esclama: ¡hijo mio!.... El viagero era Lindall, el jóven montañés que queriendo enriquecerse, abandonó á su madre.

¿Hay alegría mayor que la de una madre que encuentra al hijo que creia perdido? Los sollozos impidieron hablar á Ana por largo rato, pero cuando se desahogó algun tanto dijo: »¡cúanto se alegrará Jenny! que me ha mantenido con su trabajo y que siempre me decia: volverá, volverá, abrazará á su Jenny, abrazará á su madre."

Jenny estaba detrás de su silla; con las mejillas encendidas y el pecho palpitante se arrojó en brazos de Lindall; este la besó en la frente y empezó á contar las aventuras y riesgos á que estuvo espuesto desde que se separó de su madre.

Luego vació sobre la mesa una gran bolsa llena de monedas de oro que hizo brillar la trémula llama de la lámpara. Oh! esclamó la anciana, ya eres rico, ahora tu rebaño será el mas numeroso que recorra estas montañas, Lindall respondió sonriendo: »eso no es nada, es para vos, madre."

»Tengo tres buques cargados de oro y mercancías: con el valor de uno de ellos podria comprar todas las casas del clan, incluso el castillo del laird: quedaos esas pocas monedas, madre."

Jenny era feliz; sin embargo Lindall no le hablaba de amor ni de casamiento, cosa estraña, habiendo sufrido tantos males y habiendo abandonado, todo por ella, á su madre.

Pasó un dia, otro tras él y ya habian pasado tres dias sin que Lindall hablase de casamiento: miraba á Jenny con frialdad é indiferencia, y algunas veces talareaba alguna cancion marítima ó algun himno de guerra mientras que le hablaba su madre.

Un dia se acercó á su madre y le dijo: »me voy." Jenny se quedó pálida é inmóvil como un espectro. »Me voy, repitió él, me aguardan mi muger y mis hijos.... á Dios, madre."

Ya habia pasado un largo rato desde que se fue, y su madre miraba aun sollozando el cerro que le habia ocultado á su vista.... Se vuelve, llama á Jenny.... Jenny pálida é inmóvil como un espectro no respondió á la que tantas veces habia llamado madre.

Dos años despues, un viagero ricamente vestido que recorria las montañas, preguntó por Ana. »Ya hace mucho tiempo que murió, le respondió una vieja. A no estar yo nadie le hubiera cerrado los ojos, ni hubiera velado su cadáver. Está enterrada, conforme habia pedido, al lado de Jenny, la jóven por quien Lindall, el hijo de la pobre Ana, abandonó á su madre."

T. por R. F. M.

HECHOS ESPAÑOLES.

(1502.)

LOS HEROES DE BARLETA.

> Hechos son estos dignos de recordacion histórica, que conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos que peligre la independencia de la patria.
>
> *Toreno, hist. del lev., etc.*

Era en el siglo XVI; en aquel siglo de gloriosa memoria para nuestra patria, en aquel siglo en que la España marchaba al frente de la civilizacion, dando lecciones al estrangero, no despreciándole por su atraso, dejando crecer su naciente industria, no destruyendo sus fábricas y logrando un poder inmenso en todo el mundo, debido al invencible brazo de sus hijos, no á los engaños y astucia de sus gobernantes.

Libre ya el leon de España de la guerra contra los moros, que le ocupó por el espacio de ocho siglos, lanzóse fuera de la península y tan pronto se le vió bañar su melena en el mar del Sur, y destruir el inmenso poder de los incas y emperadores megicanos, como tender su garra en medio de la Europa y despedazar las banderas francesas en Cerinola, Garellano, Pavía y San Quintin.

La Italia era entonces el principal teatro de nuestras glorias. A la América marchaban los sedientos de riquezas, los soldados de hierro dispuestos á sufrir mil penalidades; á la Italia los ansiosos de gloria, los que aunaban la gala con el valor, el esfuerzo con la bizarría, los soldados galanes, en una palabra, los caballeros.

Sin dinero y sin soldados, acompañado solamente de esa constancia tan propia del español, Gonzalo Fernandez de Córdoba, conocido por el Gran Capitan, sostenia en Italia el honor de nuestras armas: obrando como hábil general, se habia retirado á Barleta á esperar ausilios de España; pero como soldado valiente inquietaba con sus correrías al enemigo, retirándose siempre victorioso. Pedro Navarro, Villalba, Zamudio, Moncada, Pizarro y otros mil capitanes mostraban en estos combates sus grandes dotes militares: cuantas veces se presentaban á la cabeza de nuestros aguerridos infantes, otras tantas hacian volver derrotados á Viseli los numerosos soldados franceses del duque de Nemours.

Al anochecer del lunes 19 de Setiembre varios caballeros y hombres de armas estaban en Barleta reunidos en una lujosa habitacion; las ricas colgaduras y los preciosos tapices que la adornaban, formaban un contraste raro con lo restante. Lanzas, hachas de armas, montantes y arcabuces ocupaban los rincones; varias armaduras completas con ricos adornos colgaban de las paredes y sobre las mesas y sillones se veian en desórden guantes, golas, espadas y celadas; todo indicaba la habitacion de un gran soldado. Era el alojamiento de Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Varios caballeros, bizarramente vestidos, cercaban á tres armados, que por el polvo que los cubria, daban á entender salian de un combate.

En aquel momento llevaba la palabra un simple soldado, el intrépido valenciano Gonzalo de Aller.

—Vive Dios, Diego de Vera (decia dirigiéndose á un capitan) que no nos han hecho falta alguna vuestros cañones; es indisputable la superioridad de nuestros peones sobre esos franceses. Trescientos arcabuceros han hecho volver la espalda á mas de setecientos enemigos: á fe de Gonzalo de Aller, que jamás vi valor igual en nuestros infantes.

—Pero en pocas, ganando la accion, salimos perdiendo, contestó Diego de Vera: segun cuenta el alférez Olivera, nuestro Paredes se vió muy apurado.....

—Así es la verdad, dijo un armado de baja estatura, barba negra, tez bronceada y torvo mirar (el alférez Andrés de Olivera) á no ser porque acudí con los soldados Diaz, Olivan y Aguilera, no sé en qué hubiera parado la fiesta, pues le tenian cercado sobre veinte hombres de armas franceses y entre ellos el terrible Tormento. Pero al fin lo pudimos convencer á que se retirara, no muy contento á la verdad, pues queria probar si Tormento es tan valiente como se cuenta, y sabe sostener con la espada las injurias que ha prodigado á los hombres de armas españoles.

—¿Y está muy herido?

—Dos enormes cuchilladas tiene en la cabeza y el cuerpo molido á mazazos. Pero el pobre francés que pillaba por delante, bien podia decir que lo último que habia visto en el mundo era la espada de Diego García de Paredes.

—Lo que es hoy, bien habia menester sus terribles puños, dijo el tercer armado, el soldado Diaz; pues mientras estaba ocupado con uno tenia sobre su armadura las espadas de los otros diez y nueve.

—Lo que sí apostaria yo, dijo riéndose Diego de Vera, es que él solo ha hecho mas mal que los veinte franceses.

—Como que su espada tiene ya cinco mellas mas y todo el mundo sabe que cada cuchillada suya añade una mella á la espada y quita una cabeza al egército francés.

—Dígalo quien le vió en el puente Garellano esgrimir el montante solo contra una multitud de franceses que no veian tierra por donde escapar, dijo Diego de Vera.

—O el que le vió en Roma, en el tiro de la barra, disputar con varios italianos, entrarle el mal humor, empezar á porrazos con una barra, dispersar á los espectadores, matar á seis y herir á ocho, añadió Aller.

—O el que le vió arrancar con las manos las armellas y candados de la puerta del castillo de Montefiascone, dijo, entrando, un guerrero de formas hercúleas. Era el mismo Diego García de Paredes.

Estaba en la fuerza de su edad; sus facciones bastas, su espesa barba rizada y su torvo mirar, unido á su magestuoso porte y al eterno ceño que acompañaba á su rostro, hacian temible sola su presencia. Aunque naturalmente afable y bondadoso, le acometian de repente ratos de melancolía, en los que, segun nos cuenta la historia, rompia lo primero que se le presentaba, y llegaba hasta correr á pedradas á su muger, hijo y criados, si le preguntaban la causa de su tristeza. Al que no hubiera oido contar algunos de sus numerosos hechos que probaban su estraordinaria fuerza y que le valieron el nombre de el Sanson de Estremadura, de donde era natural, bastábale ver el estoque que llevaba solo por gala, que en manos de otro pasara por una larga espada. Llevaba la cabeza fajada á causa de las heridas que habia recibido aquella misma tarde, metiéndose entre el enemigo para encontrarse con el francés Tormento, con quien tenia gana de habérselas.

—Proseguid, señores, numerando mis hazañas, que yo entraré en seguida contando cómo me han salvado estos valientes, dijo señalando á Olivera y Jorge Diaz.

—Pero por Dios, Diego García, ¿estais loco? dijo Vera admirado, viéndole entrar; con dos cuchilladas en la cabeza os venis desde vuestro alojamiento, mirad que os puede salir cara la chanza, no jugueis con heridas de la cabeza.

—Es una temeridad, esclamaron todos.

—¿Y me habia de estar en mi casa sin saber qué quiere ese trompeta francés?

—¿Cómo? ¿qué trompeta? digeron todos.

—El que está abajo en la puerta.

—Es verdad, dijo Aller asomándose á una ventana.

—Voy á ver qué ha sucedido, dijo Olivera yendo hácia la puerta que daba á la habitacion del Gran Capitan; la abrió, pero volvió la cabeza corriendo hácia sus compañeros, diciendo: caballeros, el general.

Entró el Gran Capitan; era el verdadero tipo español, regular estatura, suelto y ágil en sus movimientos, mirar grave, nariz aguileña, pálido el rostro y poblado y negro bigote; la escasez de pelo en la cabeza mas era debido al continuo roce del casco que á su edad, aunque contaba ya 55 años. Se dirigió hácia los caballeros con un papel en la mano, acompañado de D. Diego de Mendoza.

—Por Santiago que no han de escarmentar esos franceses, será preciso quitarles de la cabeza, á estocadas, la idea de que son mejores sus hombres de armas que los nuestros. Mirad, mis caballeros, que le han enviado á decir once caballeros franceses, por medio de un heraldo, á D. Diego de Mendoza: atended, dijo desplegando el papel que decia:

»Los abajo firmados, gentiles-hombres, criados del cristianísimo rey de Francia, hombres de armas de sus ordenanzas, muy deseosos de ganar honra y de acrecentarla por la caballería, hacen saber: que si se hallan

de la gente de armas de las católicas magestades del rey y reina de España, salgan otros once caballeros, hombres de armas, que quieran señalarse á combatir con ellos, para que se conozca la ventaja que los franceses llevan á los españoles; para lo cual, mañana, á la hora nona, serán en el campo, con sus armas y caballos, cabo la venta que está junto á Trana, entre Barleta y Viseli. Los vencidos quedarán prisioneros de los vencedores."

—Muy bien, esclamaron los caballeros alborozados, veamos quiénes firman.

El Gran Capitan leyó los nombres de los once caballeros; era la flor y nata del egército francés; entre ellos habia seis capitanes, y el valiente entre los valientes, el caballero *sin miedo y sin mancha*; en una palabra, Bayardo.

—Voto á Tormento, dijo interiormente Paredes, ¿cómo es que no está entre esos once?

—Cuando los franceses dan este paso señal que lo tienen bien pensado, dijo el Gran Capitan, han puesto los once guerreros mas temibles del egército.

—Tiempo han tenido para pensarlo, mas juzgo lo han pensado poco, dijo Diego de Vera.

—Diego de Vera, espero que mañana con vuestros hechos probareis que si habeis aventurado esa espresion, es porque la confirmabais con vuestras obras, dijo el Gran Capitan.

—Mi estoque no volverá tan limpio como salga, dijo Vera, dando un golpe en la empuñadura de la espada.

—Mendoza, dijo el Gran Capitan, contestad á esos franceses que siempre que busquen al español lo hallarán pronto para el combate, y que la leccion que han recibido esta tarde de mis peones, con el favor de Santiago, se repetirá mañana por nuestros hombres de armas. Señores, cuento con vuestro esfuerzo.

—Contad con Diego de Vera.

—Y con el alférez Gonzalo de Arévalo.

—Y con Gonzalo de Aller.

—Y con el alférez Andrés de Olivera.

—Son cuatro ya: ¿cuento con vos, alférez Segura?

—Conmigo y con mi hermano Moreno, contestó el alférez.

—Mi general, os presento un valiente, dijo Olivera, señalando al soldado Jorge Diaz; respondo de él.

—Y yo respondo, dijo éste, de los soldados Oñate y Manuel Martin Tuesta.

—Somos ya nueve; el décimo será el soldado Rodrigo Piñan, dijo Aller.

—Uno falta, añadió el Gran Capitan; el once....

—Diego García de Paredes, contestó él mismo.

—Por Dios, Diego García, no estais vos para estas fiestas, curaos esas dos cuchilladas y no penseis en combates, cuando no os podeis poner la celada, cuanto menos resistir los hachazos que mañana se darán mútuamente. El once será....

—Diego García de Paredes, contestó él mismo.

—Cualquiera. Estévan Gago, dijo el Gran Capitan.

Caballeros, añadió, fuera ofenderos el recordar vuestros deberes: vuestros reyes os miran y la gloria os aguarda. Españoles sois, recordad solo esto.

Alférez Segura, no olvideis un punto que á vuestro lado pelea un hermano.

Diego de Vera, avisad á los demás hombres de armas; el tiempo es corto y los franceses estarán, hace dias, prevenidos; os llevan esa ventaja mas, no importa. Avisad á Estévan Gago.

Ruy-Lopez, dijo Paredes, aparte, á un soldado que estaba en la puerta, limpiad el hacha de armas y la espada con que corté el brazo al valiente Villalobos, que es la mas larga y ancha de las que tengo.

G. Gisbert y Gosalbez.

Syphaz y Masinissa.

I.

La mas bella de las jóvenes cartaginesas era Sophonisba, hija del senador Asdrúbal, y la fama de su hermosura, no cabiendo dentro de los muros de la orgullosa ciudad de Dido, habia corrido por todos los reinos circunvecinos. Su ilustre sangre, no menos que su belleza, la colocaban en situacion de poder aspirar á un ventajoso himeneo, y todos los monarcas de Africa habian solicitado su mano, aunque inútilmente. El senado cartaginés, pronto á sacar partido de la menor circunstancia, trataba de hacerlo con la belleza de la hija de Asdrúbal, y cual verdadero negociante queria procurarse una alianza provechosa por medio de Sophonisba.

Syphaz, rey de los numidas, era uno de los que en vano habian solicitado la dicha de ser esposo de la rosa de Cartago. En un viage que hizo á esta ciudad la vió pasearse por una de las galerías de su palacio, apoyada en el brazo de una esclava, y esto solo fue bastante para que los negros ojos de la jóven despertasen en el pecho del numida una pasion que conoció ser imposible satisfacer sino por medio del matrimonio; y en su consecuencia solicitó su mano pidiéndola al senado por medio de los embajadores que envió tan luego como volvió á su reino.

La contestacion fuera poco satisfactoria para Syphaz porque luego que la supo hizo preparativos de guerra contra la república.

II.

El jóven Masinissa, hijo de Gala, uno de los reyes mas poderosos de Africa, ofrecia las mas bellas esperanzas. Su esbelto talle, severo rostro y fiera mirada le hacian respetar de todo el que le veia: tan ligero en la carrera como diestro en arrojar el dardo y jugar la lanza, era reputado por el jóven de mas valor entre los guerreros africanos. Las jóvenes suspiraban al verle, y una mirada de él bastaba para hacerlas ruborizar haciendo aparecer en sus rostros la prueba de la propiedad facinante de sus ojos. Mas de un tierno corazon ardía en amor por el jóven príncipe, pero éste no prestaba atencion á las finezas de que era objeto, y sus deseos se hallaban reconcentrados en el placer que esperimentaba cuando salia vencedor en la lucha ó la carrera. Las últimas fiestas que celebró Cartago fueran para él el campo donde cogiera nuevos laureles y dejara su indómita libertad. En ellas vió á Sophonisba, y la hija de Asdrúbal pudo contar un cautivo mas sujeto al irresistible yugo de su belleza: Masinissa entró libre en el circo y salió esclavo de las gracias de la jóven cartaginesa.

Pensativo volvió el jóven príncipe á la corte del rey su padre: la belleza de Sophonisba se le presentaba continuamente á su imaginacion y buscaba la soledad como remedio de su tormento. Ya no se le veia, como en otro tiempo, alegre y jovial, disputar el premio entre los jóvenes guerreros de su edad. Apoyado en su dardo, y con el escudo sobre la espalda, asistia á los juegos y espectáculos públicos sin que nada bastase para hacerle salir de la apatía en que se hallaba. Su padre, que le amaba tiernamente, se afligia viendo el estado de su hijo y procuraba indagar la causa de tan repentina mudanza.

—Masinissa, querido hijo, le dijo un dia que paseaba con él por los jardines de palacio, cuál es la causa de tu tristeza; si mi poder puede remediarla habla, que, ¿ya no amas á tu padre?

—En Cartago está la causa de todas mis penas, contestó el jóven príncipe, la hija de Asdrúbal es mas bella que todas las jóvenes de nuestro reino, y mi pecho no ha podido contemplarla sin abrasarse de amor por ella; necesito su corazon ó por los dioses inmortales que mi vida no durará mucho. Esta es la pena que me consume, si vuestro poder alcanza á remediarla hacedlo por vuestro hijo.

—Quiera Júpiter apoyar mis esfuerzos y corone himeneo tan acendrada pasion, dijo Gala.

III.

Crítica era la posicion de la república de Cartago. A las victorias de Aníbal, en Italia, sucedieran derrotas en España. Los dos Scipiones contrataban alianzas en Africa y querian llevar la guerra á los muros de la metrópoli para llamar la atencion de Aníbal y salvar á Roma que se hallaba en el borde del precipicio. Syphaz, despreciada su peticion, se habia aliado con los romanos, y en su consecuencia declaró la guerra á Cartago. El senado reunido deliberaba sobre el modo de acudir á tan urgentes necesidades, cuando se presentaron dos embajadores de parte de Gala pidiendo para el jóven Masinissa la mano de Sophonisba. Gala era un rey poderoso, Masinissa un jóven guerrero de reconocido mérito y acreditado valor: el senado no vaciló en dar su respuesta, accedió á la peticion del rey africano en cambio de su alianza, y exigió del jóven príncipe, como regalo de boda, la muerte ó derrota del numida. Ofrecia diez mil cartaginenses á Gala si declaraba la guerra á Syphaz, y la mano de la hija de Asdrúbal á Masinissa. Cartago vió su salvacion en esta circunstancia y supo bien aprovecharla en su favor. Pero la contestacion urgia demasiado. Syphaz, á la cabeza de un poderoso egército se adelantaba hácia Cartago, y la caballería numida talaba los campos mientras que la infantería saqueaba las ciudades; todo cuanto se oponia á su paso era destruido y el senado no hacia mas que recibir noticias de contínuas derrotas. Los embajadores partieron con la contestacion para la corte de su rey, y en Cartago se esperaba con ansia la aceptacion de la respuesta.

No era dudosa en manera alguna. Masinissa empezó á reunir sus huestes, y Gala respondió al senado que esperaba los diez mil hombres para salir á batir al enemigo. El amor, los celos y la gloria, estos tres poderosos móviles del corazon humano se reunian para aguijar en el jóven príncipe el deseo de hallarse frente á frente con el orgulloso numida. Interin reunia su egército trató de entretenerle mandando embajadores que le intimasen la órden de salir del territorio de la república, y darle una satisfaccion de los daños que la habia causado. Ciego con sus victorias, Syphaz azotó los embajadores diciéndoles que era la única contestacion que debia dar á quien los enviaba. La guerra era ya justa y legítima.

IV.

Era un bello dia de primavera. Syphaz y Masinissa se hallaban acampados cerca el uno del otro, y aprestaban sus huestes al combate ansiando el momento en que habian de llegar á las manos; el ardiente sol del Africa empezó á levantarse magestuoso, y al reflejo de sus rayos se vieron marchar dos egércitos enemigos, que á distancia de dos tiros de flecha el uno del otro hicieron alto. Masinissa empezó á ordenar sus legiones, y su elevada estatura se veia alzarse por entre el bosque de lanzas que formaban sus soldados; Syphaz á la cabeza de los suyos miraba con calma los preparativos de su enemigo, y parecia quererle abrasar con el fuego que despedian sus ojos, sabia que su cabeza era el precio de la mano de Sophonisba, y trataba de remitir la de su rival al senado cartaginés, como un preludio de la suerte que esperaba á sus miembros, con esta idea no le perdia un momento de vista y ansiaba el de poder luchar con él brazo á brazo.

Masinissa luego que tuvo ordenadas sus tropas se adelantó hasta un tiro de flecha de las líneas enemigas, con objeto de reconocer el órden de su enemigo, Syphaz luego que le vió se lanzó hácia él desafiándole á un combate cuerpo á cuerpo. Los dos egércitos contrarios permanecieron impasibles observando á sus gefes, que cual dos tigres que se disputan la presa, se abalanzaron el uno al otro, poniendo mas atencion en herir que en defenderse. Syphaz, con el brazo levantado en el acto de arrojar un dardo á su contrario, que cubierto con su escudo y apretando la espada en su mano le esperaba animoso, parecia á Júpiter lanzando sus rayos so-

bre los gigantes que quisieron escalar el Olimpo; pero Masinissa sin darle

tiempo á coger otro dardo ni á echar mano á la espada, luego que lanzó el primero se arrojó sobre él, y abrazándole le sujetó entre sus robustos brazos, cayendo entrambos en medio de la arena y empezando una lucha que no podia menos de concluir por la muerte de uno de los dos.

Grande era la ansiedad en que se hallaban los dos egércitos contrarios, viendo á sus caudillos brazo á brazo rodando por el suelo y sin saber por cuál quedaria la victoria. Una nube de polvo que se levantaba del lugar del combate vino á aumentar el cuidado en que se hallaban, porque los ocultaba á la vista de todos: por fin, se alzó uno de ellos empolvado y cubierto de sangre, los dos egércitos se movieron á una para el lugar del combate, con la incertidumbre de quién seria el vencedor: era Masinissa, que mas dichoso ó mas diestro que su contrario le habia introducido su espada por las junturas de la coraza, atravesándole el corazon. Los numidas viendo muerto á su rey echaron á huir en desórden, sobrecogidos de un pánico terror; pero sus contrarios estaban demasiado cerca, y la que debió ser batalla se convirtió en carnicería.

Masinissa remitió inmediatamente el cuerpo de Syphaz al senado cartaginés: habia cumplido su promesa y exigia que él por su parte cumpliera la suya.

V.

Grandes fiestas se preparaban en la ciudad de Dido para recibir al vencedor. La carrera por donde habia de pasar se hallaba adornada con magníficas colgaduras de púrpura, y en todas las ventanas se veian bellas jóvenes tegiendo coronas para arrojarlas á su paso. Un arco de triunfo se habia levantado á la entrada de la ciudad, y una comision del senado le esperaba bajo de él para conducirle á su seno y entregarle el premio de su valor.

Luego que llegó allí montó en una carroza tirada por cuatro caballos blancos, y se dirigió, en medio de los víctores y aclamaciones de un numeroso pueblo, al lugar donde se hallaban reunidos los senadores. Una jóven, cubierta con un velo blanco y coronada de rosas, en señal de pureza, se hallaba entre ellos: Masinissa entró en el salon con paso firme, y dirigiéndose al presidente depositó en sus manos una espada. Era la que llevaba Syphaz el dia de la batalla.

Asdrúbal, que presidia entonces el senado, la recibió con muestra de agrado, y cogiendo por la mano al jóven héroe, se llegó á la velada doncella y descubriéndola »he aquí tu esposo" la dijo, despues, volviéndose á Masinissa, »recibe el premio de tu valor y sea esta joya querida el signo de alianza entre tú y la república que te adopta hoy por hijo."

Los deseos de Asdrúbal no se cumplieron. El esposo de Sophonisba fue con el tiempo el mejor y mas poderoso aliado de la soberbia Roma, y Cartago hubo de pagar bien cara la infidelidad de su hijo adoptivo.

J. Lopez Somalo

POESÍAS.

IMITACION AL DESAFIO DE TARFE.

Si tienes el corazon,
Zurdo, como la arrogancia;
Y como sueltas la lengua
Sueles andar á puñadas;
Si hablas tanto con los hombres
Como con las chicas hablas;
Y tan diestro está tu cuerpo
Como diestra está tu garra;
Si cual te tiras las copas
Sueles tirar á la barra;
Y el cuchillo tambien juegas
Como juegas la baraja;
Si eres tan diestro en las riñas
Como diestro en entramparlas;
Y como al vino te aplicas
Te aplicas á la navaja;
Si cual gastas el dinero
Dejas ir la colorada;
Y oyes sonar la *virola*
Como escuchas las *parranda*;
Si cual allá en la taberna
Te ries á carcajadas,
Te estás alegre y sereno
Cuando vas á cuchilladas;
Si lo que dices detrás
Quieres decirlo en mi cara,
Sal á ver si te defiendes
Como en *ca la Paca* hablabas
Y si no osas salir solo
Como lo está el que te aguarda,
A tus buenos amigotes
Para que te ayuden saca.
Que el hombre de pelo en pecho
No en tabernas ni entre faldas
Se aprovecha de la lengua,
Que es donde los puños callan;
Pero aquí que hablan los *cinco*
Ven, y verás como charla
El que delante la *Quica*
Por su respeto callaba.
Esto dice *Antonio Gomez*
A la puerta de una casa,
Con una navaja abierta,
Y con la capa terciada,
Y llamando á un primo suyo
Le dijo, sube á la sala
Y dile al Zurdo le espero
Mas allá de aquellas tapias,
Donde podremos, seguros,
Arrimarnos dos mojadas.

G. G. G.

VAORO Y TERESETA

Ó SIGA

ROMANTICISME Y COCA DE DACSA.

CUENTO.

1.ª part.

No ya que fer egem, que te amo
este belem.
C. Ros. (Rondalla de rondalles).

Era en una nit d'ivern
Fosca com gola de llop,
Y la neu de cop en cop
Tiraba el cèl, com quí cèrn.
Les dotse. — Sens fer rumor
S'alça el fill de Tofolòt,
S'embolica en lo ringòt,
Y agafa l'estufaor:
Trabuch el mes temerari
Qu'enjamay s'ha conegut....
En ell feu boca de jut
A un alcalde y un notari.
En dient por tot lo terme
»El trabuch de Vaoret...."
A tot lo mon li entra fret....
¡*Vírquen del Carme*, *valerme*!
Per la pòrta de l'estable
S'enij lo molt barrabás
Embolicat fins al nas
Que no'l coneij ni el diable.
—¡Mare de Deu, com apreta
La neu!... ¡y allumbra bon sòl!
Si tropeçe en un cudòl
Em batj á fer la palleta.
Si no he perdut l'esme, al fi
Estich ya en casa el Pallero:
Mentres ij el meu llucero
Posemse á cubèrt açí.—
Mes ni'ncara una miqueta
Esperá en tan freda nit,
Que apenes pegá un jeulit
Asomá el cap Tereseta.
—¿Eres tú, Vaoro meu?
—Yo soch; que perque tú m'ames
Ab lo còr ences en flames
He vengut derretint neu.
—¡Quina nit fá, Vaoret!
¿Pera q'ás vengut nevant?
—Tú m'estabes esperant,
Y yo no sentia el fret.
—Ya se qu'eres molt templat
Y res del mon te fá pòr,
Perque tens tan dur lo còr
Com el fèrro d'un forcat.
—Dur pera el perill y el fret,
Mes pera tú es de satjí:
Res del mon en doma á mí,
Tú em dus com un corderet.
Per tú vatj per lo carrer
Com hòme que va á morir;
Per tú tinch com solen dir
L'ánima en l'escudeller;
Per tú pase yo les nits
Sançeres de clar en clar,
Sens fer mes que gemecar
Pegar vòltes y bramits.
Si vatj á regar á l'hòrta
La lligona he d'olvidar,
Y si me pose á llaurar
Fas la rellá clara y tòrta:
M'embien á collir naps,
Y arranque les tomateres;
Em pose á podar moreres
Cuant anaba á tallar caps:
M'enixch pera anar á l'hòrta,
Y sens saber lo qu'em pasa,
M'encontre dabant ta casa
Pegant besets á la pòrta....
¡Ay sòl meu! ¡cuántes porcaes
Me fa fer el teu amor!
El còr sent un gran dolor
Y em dobla á safanoriaes.—
—Crech lo que dius, ho crech, sí,
Vaoro de mes entranyes
Perque còses mes estranyes
Em sosuijen á mí.
Sempre trach l'òlla salada;
Li done al pòrch el guisao;
Y pera matjor sarao
Fas á estelles la escurada....
Pero calla Vaoret....
A la claror de la neu
Un bulto allá vaix se veu
Arrimat á la paret.
—Oy! ¿pantasmetes á mí?
¡Cap de lleu, y quina feta!
Lo manco dú una mitjeta
En lo còs eije fadrí.
—¡Ay Vaoro! ¿saps quí es?
De sèrt es Nèlo el Cucat,
Qu'el molt pòrch ma demanat
Fiant en los seus dines.—
—¿El Cucat? ¡Sanch del dimòni!
Com á un taco l'he d'encendre,
Y li he de donar á entendre
Com se fa eije matrimòni.—
Dient y fent, Vaoret
Se pòsa en mitj lo carrer,
Y diritjinse al tercer,
Diu, encés com un lluquet
—¿A cóm están les gallines?
Este dimécres darrer
No daben cap de diner
En Albalat de Pardines.—
Nèlo qu'es curt de raons
Y d'ánima ben templada
Respòn en veu reposada
—¿Y á cóm ban los fanfarrons?
Vaoro, fet un lleó
Diu:—Les raons son de sòbra;
Vetjam qui dels dos en l'obra
Es açí el mes fanfarró.
Pata-pum: dos trabucaes:
¿Quí dels dos aurá caigut?....
Dengú dels dos ha segut
Perque ya van á trompaes.
Els dos fadrins daga en má,
Mes rápits que dos centelles,
Se busquen les cosquerelles
Ab la boqueta tancá.
Teresa ohuia la traca
Sinse veure ni una gota,
Y estaba escuallada tota,
Y en la sanch en la boltjaca.
—Alto al rey.--Tínguense al rey.—
Dihuen moltes veus á l'hòra
¡Y els fadrins-- fásense á fòra!—
¡La ronda — en nom de la lley!—
¡Quina lley, ni quin cafèrro!
Pera dos enamorats
No ya mes rey qu'els grapats
Ni tenen mes lley qu'el fèrro.
El alcalde y retjidors
Y els dos fadrins enfurits
Pronte anaren confundits
Com uns cuets roncadors.
Allí les mantes per tèrra
Allí la polç y mohina....
No es mòu tanla tremolina
En la mes encesa guerra.
Per acurtar de raó,
En gran treball, s'obrí al fi
Pera l'u y latre fadrí
La pòrta de la preçó.

J. A. Almela.

LOS MISTERIOS DE MADRID.

Hemos visto las ocho primeras entregas de esta interesante obra que publica en Madrid D. J. Martinez Villergas, escrita con el tino y gracejo que caracterizan á este fecundo escritor. Esperamos que esta recomendable publicacion merecerá los sufragios del público.

Se publica en Madrid en el establecimiento tipográfico de Manini y compañía.

ANÉCDOTA CURIOSA.

El rey de Inglaterra es tutor nato de los idiotas, dementes, espósitos y en general de todos los hijos bastardos de su reino, pero es al mismo tiempo su heredero. Acaba de reunirse un jurado de informacion, en virtud de una órden revestida del gran sello, (por la primera vez despues del advenimiento al trono de la reina Victoria) para hacer constar que un tal Mr. Weston, hijo natural, ha muerto sin sucesion y sin hacer testamento; y habiendo reconocido el jurado la certeza del hecho, ha declarado pertenecer á S. M. los bienes del difunto. Esta jóven señorita de veinte años, hereda, pues, una suma de cerca de un millon de francos, como tutora de un hombre que tenia cerca de cincuenta.

REVISTA TEATRAL.

La presente semana ha sido fecunda en novedades, y como para hablar de ellas con la detencion que merecen habíamos de ocupar la mitad de nuestro periódico, y esto sentaria muy mal á nuestros suscritores, haremos la mas lacónica reseña que nos sea posible.

Tercera parte del Zapatero y el Rey: temeridad hubiera sido en el mismo Zorrilla dar una tercera parte á su segunda, porque es el mejor drama que ha hecho, y se esponia á borrar la buena fama que con su produccion habia logrado: pero esa arriesgada empresa la acometió un jóven barcelonés, y en verdad sea dicho no puede, no decimos competir, pero ni aun figurar al lado de su rival. La parte histórica está alterada, y alterada de una manera tal, que no es dado verificarlo á ningun escritor sin que se arriesgue á atraer sobre sí la mas amarga censura: cuando el poeta se apodera de un monarca para ponerlo en escena, séale lícito en buen hora embellecer ó empeorar su carácter, alterar tal ó cual hecho de su reinado, introducir episodios que embelleciendo y dando accion y vida al drama, no lastimen la esencia del personage, el distintivo de la época, los hechos consumados é históricos. Que D. Enrique de Trastamara sea perverso pase, que tenga una sobrina, hija de D. Pedro, que los descontentos quieran coronar pase tambien, que Blas Perez se trasforme de un acto á otro en embajador turco.... vaya en gracia, pero que este embajador envenene con unas chinelas que le regala á D. Enrique de Castilla, ni pasa ni puede pasar, ni deja de ser una licencia poética que raya en desenfreno. La versificacion es fluida á veces, y en otras descuidada y dura: muchas de sus escenas ofrecen interés, y en todo el conjunto del drama se advierten felices disposiciones en su autor para sus sucesivas obras. El público oyó el drama con frialdad, si bien aplaudiendo en alguna ocasion.

El señor Montaño representó al *Zapatero* con inteligencia, con propiedad, con colorido fiel. Este actor agrada mas y estudia mas, y hace tiempo que todo lo desempeña bien.

La señora Toral estuvo perfectamente en su papel, y el señor Lugar en el suyo.

El señor Cejudo subió en el último acto á una altura muy elevada. Este actor es casi inimitable para pintar el desfallecimiento, la agonía, las íntimas y dolorosas pasiones del alma: su voz, su andar, su semblante son un verdadero modelo, y nosotros lo aplaudimos sinceramente porque sabemos apreciar el mérito y corregir los defectos sin acrimonia ni pasion, que tal debe ser la virtud del escritor, así como la del artista estriba en oir los elogios sin envanecerse, y la crítica sin desdeñarla, y téngase entendido que al decir esto repetimos con *Marcela*: *Yo hablo con todos y con ninguno.*

Un Novio para la niña: comedia muy repetida pero bonita y muy bien desempeñada por todos los actores.

A un cobarde otro mayor: hacemos mencion de esta disparatada y entretenida pieza para elogiar al señor del Rio en particular, que haria reir á un muerto, y á los señores Parreño, Cejudo y Gonzalez. Las señoras García y Carrasco tambien son dignas de elogio.

El tio Pablo: bien egecutada por todos.

Las Ligas de mi muger: es una pieza francesa mala en su original, pero tan perfectamente acomodada á nuestra escena, tan bien retocada por el señor Cadena que se ha convertido en un precioso juguete que hizo reir y fue aplaudido. La señora Toral y los señores del Rio, Parreño y Orgáz, que la desempeñaron, contribuyeron á su éxito con plausible celo.

Pedro el negro: melodrama de los que tan en boga estaban á principios de este siglo: lleno de inverosimilitudes, pero tratado con mucho conocimiento del efecto escénico: hay mas muertos que en un cementerio, mas tiros que hubo en Waterloó, mas gente que en una funcion gratis, y todas estas cosas producen necesariamente aplausos y broma, y *mueras al traidor*. La egecucion fue inmejorable. La señora Toral hizo alarde de esa esquisita sensibilidad que la distingue, llorando y haciendo llorar á los demás: tuvo momentos de verdadera inspiracion artística, y el público la aplaudió conmovido.

El señor del Rio hacia un papel interesantísimo, y su trage, sus maneras, su semblante revelaban al estúpido *Pascual*; la parte del público que está de buena fe, es decir, la que va á oir la comedia, porque hay otra que va á otras cosas, lo hubiera besado cuando mata al décimo tercio *calentador*, y nuestros lectores conocerán todo el entusiasmo que para acometer esa empresa se necesitaba.

El señor Montaño hizo perfectamente su papel de *Pedro el negro*, descubriéndose á primera vista la mucha inteligencia y maestría de este actor distinguido.

El señor Cejudo nos agradó, y sobre todo en los actos últimos, porque este actor siente y hace sentir.

El señor Gonzalez y demás actores contribuyeron felizmente al éxito de una pieza que debe dar buenas entradas á la empresa, en recompensa de lo que se esmera en *hacernos marchar de sorpresa en sorpresa.*

En esta semana se ha cantado la tonadilla de los *Majos de rumbo*, por el señor del Rio y la señora Muñoz, que se prestó amablemente á ello. El público los aplaudió celebrando la gracia con que la *prima donna* maneja los atavíos de una maja andaluza.

Tambien ha habido un concierto que se desconcertó en algunas piezas, y en el cual cantó la señora Franceschini un aria del *Marino Falliero*, que fue muy aplaudida y mejor egecutada. Basta por hoy, y si alguno ha quedado descontento, lo siente mucho, pero no lo puede llorar

La Mosca.

MATERIAS QUE CONTIENE ESTE NÚMERO.

Advertencia.=Recuerdos de Valencia: Sagunto, por D. F. de P. A.=El marino: Balada escocesa, T. por D. R. F. M.=Hechos españoles: Los héroes de Barleta, con grabado, por D. G. Gisbert y Gosalbez.=Syphaz y Masinissa, con grabado, por D. J. Lopez Somalo.=Poesia en valenciano: Vaoro y Tereseta ó siga Romanticisme y coca de dacsa, cuento, por D. J. A. Almela.=Id. en castellano: Imitacion al desafio de Tarfe, por D. G. G. G.=Anécdota curiosa.=Revista teatral, por la Mosca.=Continuacion de la novela Querubino y Celestino, por D. R. de Carvajal.

ANUNCIOS.

ENSAYO

SOBRE

las sociedades antiguas y modernas, y sobre los gobiernos representativos.

POR D. FERMIN GONZALO MORON.

Véndese á 14 rs. vn. en la imprenta de Orga, calle del Milagro.

SOCIEDAD LITERARIA.

EL PILLUELO DE MADRID,

Biblioteca pintoresca, original, curiosa y entretenida.

POR D. ALFONSO GARCIA TEJERO.

Se ha repartido la tercera entrega y se halla en prensa la cuarta. La edicion es de lujo.

Se suscribe á 2 rs. en Madrid y 2 y medio en las provincias; pero á los señores suscritores á cualquiera de las obras de la SOCIEDAD LITERARIA que al tiempo de suscribirse quieran adelantar el valor de la obra, solo pagarán 5 rs. en Madrid y 6 en las provincias, por todo el tomo, franco de porte, en las principales librerías y administraciones de correos.

¡Dios nos libre de una vieja!

Comedia original, en tres actos y en verso, de DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, *representada, con estraordinario aplauso, en el teatro del Circo: habiendo sido el autor llamado á la escena.*

Su precio 8 rs. en Madrid y 9 en las provincias, franco de porte.

Los pedidos pueden hacerse directamente á la SOCIEDAD LITERARIA, calle de san Roque, mandando libranza en carta franqueada á favor del autor, ó bien por medio de las principales librerías y administraciones de correos.

HISTORIA DE ESPARTERO.

Los señores suscritores, cuyos abonos concluyen con la entrega núm. 27, que será la última del tercer trimestre, tendrán la bondad de renovar la suscricion inmediatamente para no esperimentar retraso en la recepcion de la entrega núm. 28 y sucesivas.

Los señores comisionados cuidarán de avisar las renovaciones, sin perder momento.

EL COMENDADOR DE MALTA,

POR EUGENIO SUE.

Traducida por D. JUAN DE CAPUA. = *Edicion de lujo por la SOCIEDAD LITERARIA de Madrid.*

Se ha repartido el tercer tomo. La obra constará de cuatro tomos. Con el último se dará el retrato del célebre *Eugenio Sue* á todos los suscritores.

Se suscribe en las principales librerías y administraciones de correos al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias.

Publicada toda la obra se venderá mas cara.

EL CANCIONERO DEL PUEBLO.

Coleccion de novelas, cuentos y canciones, originales de

D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

Y D. J. MARTINEZ VILLERGAS.

Se ha repartido el tomo segundo que contiene:

Ernestina ó ¡Fuera estrangeros! novela original del señor Ayguals de Izco: El ciego doblones, por el mismo autor: Torremocha, por el señor Villergas, y otras composiciones en prosa y verso.

La coleccion constará de seis tomos, que saldrán sin interrupcion, al precio de 24 rs. en Madrid y 30 en las provincias, por toda la obra franca de portes, debiendo pagar al suscribirse, en las principales librerías y administraciones de correos, ó directamente haciendo remesa de su correspondiente libranza á D. Wenceslao Ayguals de Izco, director de la Sociedad literaria, calle de san Roque, núm. 4, Madrid.

EL TIO VIVO.

Periódico de estravagancias, de risa y llanto, de verdades y mentiras, de rarezas y de costumbres, de bellas y feas artes, de literatura, teatros, bullicio y gresca: redactado al gusto del dia por los mas festivos literatos de España, bajo la direccion de

D. J. MARTINEZ VILLERGAS

Y D. A. NEIRA DE MOSQUERA.

Este periódico saldrá en dos pliegos papel marquilla (con muchísimo lujo de grabados y caricaturas) el dia 1 y 15 de cada mes, empezando el 1 de Diciembre próximo. El precio de la suscricion es de un DURO por todo un año para los que se suscriban en Madrid antes del dia 1 de Diciembre, y en las provincias 20 rs. para los que se suscriban antes del dia 15 del mismo mes. Pasados estos términos se exigirá doble cantidad. La suscricion se pagará por adelantado.

Se suscribe en Madrid en la Union literaria é industrial, calle del Horno de la Mata, núm. 5: en la librería de Cuesta, calle Mayor, y en la de Jordan, calle de Carretas. En las provincias en todas las principales librerías y en las administraciones y estafetas de correos.

HISTORIA DE GRANADA,

comprendiendo la de sus cuatro provincias Almería, Jaen, Granada y Málaga, desde remotos tiempos hasta nuestros dias.

POR D. MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA.

Se suscribe en la librería de Casiano Mariana á 26 rs. tomo.

VALENCIA.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.